

Carta

José Antonio Maitín

Choroní, enero 16 de 1848.

Señor...

Mi querido amigo: -cuando publiqué mis primeras composiciones en verso, estaba muy lejos de pensar que ellas tuviesen una acogida favorable, y quedé sorprendido cuando vi la indulgencia y la fraternidad con que fueron recibidas. Hechas sin pretensiones, sin designios ambiciosos, esperaba que fuesen tan fugaces como el papel que las llevaba, y creía que se libertarían del rigor de la crítica a favor de su misma oscuridad y de la rapidez de las publicaciones periodísticas; pero nunca juzgué que mereciesen el honor de ser recopiladas en un tomo para hacer muy seriamente de ellas una presentación al público. Usted se ha empeñado en llevar a cabo esta arriesgada empresa; a usted le tocará, en todo caso, hacer la justificación de un proyecto que yo, por mi parte, no me hubiera atrevido a concebir.

Temo que algunos de mis versos, en los que el descontento, la vaga melancolía del ánimo se ha deslizado a pesar mío, sean recibidos con disgusto; porque yo mismo, al expresarlos los he condenado y me he visto tentado a suprimirlos. Se han salvado, sin embargo; pero lo deben a la circunstancia de no haber yo tenido otra cosa algo mejor con qué reemplazarlo. Ellos me han causado a veces el mismo hastío que la poesía de una gran parte de los escritores de la época, esa poesía de gemido, que a pesar de la afectación de las ideas, de la desesperación de las palabras, no produce una emoción siquiera, no encuentra ni un solo eco ni una sola simpatía en el corazón de los lectores.

Yo siento por instinto que la literatura del día, y mucho más la poesía, debe resentirse de cierto tinte de melancolía, de cierto espíritu de displicencia, no porque fue el género de Byron y de Lamartine, y que han continuado algunos otros con un éxito más o menos feliz,

sino porque la sociedad ha llegado a tal altura de civilización, de conocimientos y de saber; el espíritu de análisis de tal manera ha desgarrado todo los velos de las quimeras, que el corazón del hombre, vacío de sus agradables ilusiones a fuerza de saber, no ve más que realidades en torno suyo; y la realidad para el corazón el como el cadáver de una belleza a quien la muerte ha despojado de sus encantos y transformado en un esqueleto descarnado. De ahí viene, a mi parecer, el carácter de la literatura del día; carácter propio de la época, que aumentará con la civilización, que decaerá con ella, y que no morirá hasta que la sociedad no degenera y vuelva a su primitiva sencillez e inocencia.

Esto no es defender las lamentaciones; yo las hallo insufribles, porque están, por lo común llenas de afectación, y la afectación en todas cosas es intolerable. La melancolía de la época no consiste en la exageración, en el ruido de las palabras, en la falsa desesperación de las ideas sino en el fondo de las cosas. Es una melancolía sublime y apacible que resalta en el último término del cuadro; es el resultado invisible de los desengaños y de la experiencia.

He aquí por qué es tan difícil apoderarse del tono propio de este género: he aquí por qué nosotros, poetas adocenados, llevando una vida prosaica y entre ciudades mucho más prosaicas todavía, con el gozo en el corazón y en la pluma la exageración de la tristeza en vez de aparecer como las víctimas de la fatalidad, somos para los demás insoportables y ridículos.

Byron y Lamartine llenaron sus composiciones de una tristeza encantadora: ellos escribían lo que sentían, y escribieron y sintieron así porque eran unos genios de primer orden.

Las hermosas creaciones de la literatura moderna excluyen de las bibliotecas todo lo que no sea tan hermoso como ellas. Estas obras maestras que abundan con extraordinaria profusión y que se encuentran en manos de cuantos quieran admirarlas, han debido hacer en demasía descontentadizos a los lectores, y mal podrán ellos avenirse con las frivolidades que les presentamos los entendimientos mediocres. Las composiciones de esta especie, tan

imperfectas, tan diminutas, tan desiguales, sólo pueden pasar entre las ráfagas del periodismo, entre el torbellino incesante de las ideas que viven sólo un día, cuya memoria se pierde en un instante para dar lugar a nuevas impresiones que pasan y perecen a su vez. Sólo las producciones de un mérito sobresaliente merecen el honor de un libro.

Si a pesar de lo que llevo apuntado arriba persiste usted en la idea de recopilar en un tomo y publicar mis composiciones, que esta manifestación de mi parte sirva al menos para disculparme con el público por haber consentido en lo que no he podido negar a la amistad.

José Antonio Maitín

Esta carta fue dirigida a los editores hermanos Rojas. Aunque lleva fecha de 1848, se presenta como prólogo a la edición de sus *Obras poéticas*, Caracas: Almacén de José María Rojas, 1851. Texto tomado de: Lubio Cardozo, “El romanticismo en la poesía lírica venezolana del siglo diecinueve”, en: *La poesía lírica venezolana en el siglo diecinueve*, Mérida: Universidad de los Andes, 1992. pp. 99-138. Las páginas de la carta de Maitín corresponden a las páginas 101-103. Esta carta es considerada por el Prof. Cardozo como el manifiesto del romanticismo lírico venezolano.